

BOLETIN

DE LA

COMISION PROVINCIAL DE MONUMENTOS

HISTORICOS Y ARTISTICOS DE BURGOS

PUBLICACION TRIMESTRAL

AÑO V

1.^{er} Trimestre de 1926.

NUM. 14

El Emmo. Sr. D. Juan Benloch y Vivó

El día 14 de Febrero último falleció en Madrid el ilustre Prelado de la Archidiócesis burgalesa, cuyo nombre encabeza estas líneas.

El sentimiento, no sólo en Burgos, sino en España entera, ha sido general por tal pérdida.

A este pesar une el suyo muy cordial la Comisión Provincial de Monumentos, que debe al que fué su insigne y queridísimo compañero, atenciones inolvidables, servicios señalados.

Recordar la vida del Cardenal Benloch parece inútil, pues la prensa toda ha recogido su biografía; decir algo de lo que hizo en relación con nuestro organismo no será sin duda impertinente.

Creemos que tal fin llena un artículo que, dedicado a la memoria del Cardenal, como *obligado tributo*, publicó nuestro Presidente en el periódico local *Diario de Burgos*.

Está escrito rápidamente, bajo la impresión triste de la noticia del fallecimiento, pero refleja bien lo que en relación con nuestras glorias artísticas hizo el insigne purpurado, y estimamos que debe quedar, como homenaje del *Boletín* y de la Comisión, en nuestras páginas.

Dice así:



† EMMO. Y RVDMO. CARDENAL BENLOCH,
ARZOBISPO DE BURGOS

OBLIGADO TRIBUTO

Al abrir, ya muy entrada la mañana, «El Noticiero del Lunes», la hoja oficial que recoge las noticias del domingo, me he enterado, con profundo dolor, después, sin duda, que la mayoría de los burgaleses, de que ayer tarde, mientras la gente se aglomeraba en Rosales y llenaba cafés, teatros y bailes, había pasado a mejor vida el varón singular que se llamó don Juan Benlloch y Vivó, Cardenal-Arzbispo de nuestra diócesis.

Sobrarán plumas que hagan en el *Diario* la semblanza de prelado tan esclarecido, pero creería yo faltar a una obligación moral, si no enviase una flor que formase parte de su corona fúnebre.

Estudien otros las varias y salientes cualidades del purpurado insigne que acaba de fallecer. Yo me he de limitar a hacer un brevísimo recordatorio de lo que realizó en relación con nuestros monumentos artísticos.

Y puedo hacerlo, aunque con pluma torpe, más torpe aún porque la embota la emoción de la triste noticia, ya que he tenido ocasión, por mis cargos oficiales, de estar a su lado mucho tiempo, y mejor que muchos sé cuánto era su entusiasmo y su tenacidad cuando de asuntos que con el arte se relacionasen había de ocuparse.

Ha sido el Cardenal Benlloch el primer prelado burgalés que ha ocupado una silla en nuestra Comisión provincial de Monumentos, silla a que tenía sobrado derecho por Arzbispo de la Diócesis y por Académico correspondiente de las de la Historia y San Fernando.

Cuando a nuestras reuniones acudía, y acudía siempre que el asunto que hubiera de tratarse fuese importante, no era el Prelado sino el compañero cariñoso el que teníamos presente; él tomaba parte en nuestras familiares discusiones; él ponía en ellas una inyección de entusiasmo, una palabra de aliento.

De allí, de aquellas reuniones en el Instituto celebradas, surgió la idea de conmemorar dignamente el séptimo centenario de nuestra Catedral. Acogió la idea el aún no Cardenal Benlloch, no con cariño, sino con ilusión; reunió a poco en su Palacio a todas las más altas personalidades de Burgos, y cuando abrió la sesión, con modestia y llaneza, expresó su objeto, y requirió al presidente de la Comisión, el señor Salvá, de buena memoria, para que ocupase el sillón presidencial, ya que a la Comisión se debía la idea.

Inútil parece decir que el señor Salvá, modesta y acertadamente, rechazó la invitación, y excitó al Prelado para que llevase la dirección de aquella campaña.

En ella tuve yo (y permítaseme que hable de mi mismo por forzosa necesidad), tuve yo la honra de ser su colaborador como secretario general de la Junta del Centenario.

Una labor de un año entero, en que constantemente hube de comunicarme con él, me hizo comprender cuáles eran sus condiciones de entusiasmo, de inteligencia, de laboriosidad, para ocuparse de lo grande y de lo mínimo, para vencer las dificultades, que algunas hubo; para buscar por todos los medios, la brillantez de las fiestas.

Lo que éstas fueron, no hay que decirlo, está en la mente y en la memoria de todos los burgaleses; saben sin duda, que no se hubiese logrado el éxito clamoroso que se logró, si no hubiera ocupado la silla metropolitana un hombre de los arrestos, del temple, del desprendimiento de Benlloch,

Lo que no saben muchos, lo que yo sé mejor que nadie, es lo que el Cardenal trabajó, lo que gastó, lo que hizo para lograr ese éxito: días y noches, a veces hasta la madrugada, se laboró en el Palacio, donde yo entonces pasaba la mayor parte de las horas.

Aquel triunfo, que fué de Burgos, honrado entonces por los Reyes, los prelados, los magnates, la muchedumbre, acaso nunca reunida igual en la ciudad, fué el triunfo de nuestro Cardenal, que abrió su palacio, que vació su bolsa, que tuvo siempre el ojo vigilante y la mente despierta para que no faltase detalle en la solemne conmemoración; a él se debió que el Cid fuese a reposar de un modo digno y para siempre, bajo las bóvedas de nuestro gran templo, y no olvidaré nunca el momento solemne en que los obrerós, dirigidos por el llorado Lampérez, cerraban la tumba de Mío Cid. Entonces se oyeron en la Catedral extraños sonos. Eran las trompetas del Ayuntamiento de Valencia que el Cardenal Benlloch tuvo el acierto de hacer tocar para tributar los últimos honores al héroe que en Valencia murió.

Aún Burgos y la Comisión de Monumentos son deudores al Cardenal Benlloch de otro gran beneficio: el de que se llegase a declarar Monumento Nacional la Cartuja de Miraflores, rectificándose así actitudes equivocadas que años antes en Burgos dieron lugar a acaloradas polémicas.

No las desconocía el Cardenal Benlloch; no ignoraba que se había hecho contra la Comisión de Monumentos una campaña que no quiero calificar ahora. Cuando Lampérez y yo fuimos a decirle que la Cartuja se hallaba en peligro, me rogó que reuniese a nuestra Comisión, y acudiendo personalmente a ella, pidió y obtuvo, sin

discusión, que se volviese a abrir el expediente, gestionó su resolución con empeño, y poco después el ministro de Instrucción Pública venía a Burgos, se alojaba en el Palacio Arzobispal, visitaba la Cartuja, traía el arquitecto y concedía los fondos necesarios para las obras más urgentes. Yo no sé, no lo sabe nadie, si la Cartuja está salvada o si aún vendrán para ella peligros, pero afirmo que por su conservación más que nadie ha trabajado el Cardenal que hoy yace en su lecho mortuario.

Aún de él esperábamos mucho; poco hace que nos había ofrecido con su habitual munificencia, los fondos precisos para imprimir el catálogo de la Exposición del Centenario, que ya está en prensa; aun no hace ocho días, que al saber que había llegado a la Corte, fui a buscarle para tratar de otro asunto de capital interés para el arte burgense, que no es ocasión de mencionar ahora. Ya se hallaba postrado, y en vez de tener ocasión de departir con él de asuntos artísticos, que era por cierto un gran placer, tengo el dolor de emplear mi pluma para tributar este homenaje a su memoria.

Deja sin realizar un gran empeño por el que laboró inútilmente: la creación de un Museo diocesano. Esta obra se hará, no hay que dudarlo; Benloch será entonces considerado como el precursor de idea tan útil.

Pero hágase o nó, la labor del Cardenal que murió ayer, será recordada siempre por cuantos amen a Burgos y se preocupen por el tesoro de su antiguo arte.

ELOY GARCIA DE QUEVEDO.

Presidente de la Comisión de Monumentos de Burgos

Madrid, 15 Febrero 1926.

*
* * *

La conducción del cadáver a la estación del Norte en Madrid, y el entierro en esta ciudad del insigne Cardenal, fueron solemnidades dignas de la persona a que se tributaban.

En ambas estuvo representada nuestra Comisión. El Presidente de ella, D. Eloy García de Quevedo, que se hallaba en la Corte, figuró en la comitiva fúnebre, en la cual iban también otros dos de nuestros vocales: el P. Silverio de Santa Teresa, confesor del difunto Cardenal, y don Matías Martínez Burgos, que asistió como teniente alcalde del Excmo. Ayuntamiento.

En Burgos, la Comisión en pleno, con el Vicepresidente Sr. Cortés, tuvo también puesto en los actos fúnebres.


*
* *

La Real Academia de la Historia, en su junta de 19 de Febrero, hizo constar en acta el sentimiento que le había producido la muerte del que era su individuo correspondiente, previas palabras, muy sentidas del Director, Excmo. Sr. Marqués de Laurencia, quien, aprovechando la ocasión de que asistía al acto, como correspondiente que es también de dicho Cuerpo, nuestro presidente, le rogó hiciese llegar el pésame de la Academia no sólo a esta Comisión, sino a la provincia entera.

A estas palabras contestó con otras de gratitud el Sr. García de Quevedo, quien enumeró brevemente los méritos singulares que había contraído el difunto Cardenal en orden a los trabajos y estudios de la Comisión de Monumentos.

También la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, a la que igualmente pertenecía el finado, aprovechó la primera junta para mostrar su sentimiento ante la desgracia, y nos ha enviado un sentido oficio de pésame.

Inútil parece decir cuánto ha estimado la Comisión estas atenciones en circunstancia para ella tan dolorosa.



Don Fernando de Villegas de Saint Pierre-Jette



Después de rápida enfermedad, ha fallecido recientemente, en Bruselas el Conde D. Fernando de Villegas, muy conocido en Burgos y parte de su provincia, donde pasó los primeros años del siglo dedicado a investigaciones históricas relacionadas principalmente con sus antepasados, entre quienes se cuenta don Pedro Ruiz de Villegas, Señor de Villegas y otros lugares, Adelantado mayor de Castilla a principios del siglo XIV, casado con doña Teresa González de la Vega, hija única del famoso caballero Gonzalo Ruiz de la Vega y hermana de Garci Lasso de la Vega, familia muy arraigada en Burgos, pasando alguno de sus vástagos a Flandes durante la dominación española y emparentando con nobles familias como los Barones de Hovorst y Condes de Saint Pierre-Jette.

Llegó D. Fernando a España para organizar una carrerá de automóviles en que tomaba parte Bélgica, y su padre le encargó que visitase el país castellano y tomase algunos datos históricos. Después de pasar algún tiempo en Valencia, fué al valle de Toranzo (Santander). Sus pesquisas dieron excelentes resultados y adquirió bien pronto un gran conocimiento de la historia y de la nobleza montañesas.

Llegado a Burgos, estudió muy al detalle, en compañía del que esto escribe, el archivo metropolitano y otros, descubriendo, no solo personajes ilustres de su familia, sino datos muy originales sobre el famoso arcediano D. Pedro Ruiz de Villegas, cuyos papeles y borradores de la traducción del Plutarco con su firma autógrafa, etc., se encuentran en aquel archivo.

Trasladado a Sasamón, se compenetró con el país de tal modo, que hasta vistió la típica gorra de piel y la clásica capa, que por cierto le caían muy bien, y pasó muchos meses dedicado a estudiar a la luz de una vela, porque era trasnochador empedernido, el archivo parroquial que ordenó haciendo sus Indices.

Extendió sus investigaciones por Villasandino, Villegas, Villadiego, Villaldemiro, Castrojeriz, Melgar y tierra de Saldaña, instalándose por último en Valladolid con objeto de estudiar el Archivo de la Chancillería, sección de hijosdalgo, etc., y el de Simancas. Gracias a estos trabajos, pudo publicar en la Revista *Heráldica* de Madrid el árbol genealógico de su familia y puede verse en él Catálogo de Hijosdalgo de la R. Chancillería de Valladolid, por Don Alfredo Basanta.

Aunque escribía correctamente el castellano, con un sabor antiguo que aumentaba su natural simpatía, pocas veces se decidió a escribir. Sus últimos escritos se dirigieron a evitar que el Archivo de Simancas saliese del vetusto castillo, uno de los pocos que se conservan íntegros al exterior y sus razones le acreditaron de notable y experimentado archivista.

Siempre se distinguió por su amor a España y a sus legítimas glorias y constituía para él una de sus mayores mortificaciones que le tuviesen por francés a causa de su acento, porque se sentía español nacido en Flandes.

Vuelto a Bélgica, sufrió mucho con motivo de la invasión alemana. Los teutónicos establecieron un depósito de guerra en su castillo de Ganshoren, cerca de Bruselas, constriéndole a su rígida disciplina e impidiéndolo así continuar sus trabajos de ordenación de sus apuntes históricos. Volvió después a España, donde permaneció algún tiempo, en Madrid principalmente, y ha muerto añorando siempre por volver a la bella España.

Descanse en paz tan buen hispanófilo y reciba su distinguida familia, en especial su padre y sus hermanos los condes doña Margarita y don Alberto, secretario de Embajada, la expresión de nuestro sincero pésame.

LUCIANO HUIDOBRO.



ACUERDOS Y NOTICIAS

La casa editorial Calleja, de Madrid, ha publicado recientemente dos obras extranjeras de singular importancia para el estudio de los monumentos burgaleses.

Es la una «La arquitectura gótica en España», obra clásica entre los arquitectos y debida a la pluma del famoso arquitecto inglés Street, quien viajó por nuestra patria hacia el año 1830.

En dicho libro se estudian los principales templos ojivales burgaleses, yendo el texto ilustrado con dibujos del autor y varios planos de nuestra Catedral, Las Huelgas, San Esteban y San Gil.

La otra obra es alemana, se titula «El barroco en España», y es su autor Otto Schubert.

En ella se estudia toda nuestra arquitectura desde el *plateresco* hasta los maestros de fines del siglo XVIII.

Va también ilustrada ricamente con vistas de monumentos, dibujos de detalles y plantas, entre otras la de la iglesia de San Lorenzo de Burgos y las de las Casas Consistoriales de nuestra ciudad.

*
* *

En la sesión que la Academia de Bellas Artes de San Fernando celebró el lunes 29 de Marzo, el individuo de número, Excmo. señor Duque de Alba hizo presente el estado de peligro en que se hallan las flechas de nuestra Catedral.

Usaron de la palabra los académicos Sres. Moya y Santa Mariá y se acordó dirigirse al Gobierno en demanda de remedio para un mal tan grave.

El presidente de nuestra Comisión, Sr. García de Quevedo, que ya había hecho algunas gestiones acerca de tan trascendental asunto, ha convocado junta para tratar de él, la cual se celebra en los momentos en que el presente número se halla en prensa.